

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional
Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán
“Zeit mit Gott”

Tema: Pureza que viene de adentro –
Estudiamos el evangelio de Marcos (cap. 7:1-37)
(9 días)

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.
©Diakonissenmutterhaus Aidlingen



**Pureza que viene de adentro –
Estudiamos el evangelio de Marcos (cap. 7:1-37)
(9 días)**

Día 1

Mr. 7:1-7; 2.Ti. 1:7

Allí están parados ante Jesús nuevamente, los señores fariseos y los escribas. En Mr. 3:6,22 hemos tratado con ellos por última vez. ¿Puede ser que los fariseos, el “primer partido religioso del judaísmo” (Josefo), y los serios guardianes de la ley, consiguieron entre tanto un reconocimiento más profundo de la manera de ser del Hijo de Dios? Da la impresión que esta comisión que vino desde la capital Jerusalén se había juntado con Jesús, teniendo otros motivos que los demás, que venían a Él (Mr. 1:40; 2:3,4; 5:22,23,25-28).

Si llegó ahora la comisión para probar a Jesús, vemos en esto por un lado una gran fidelidad hacia la ley. A los responsables judíos le importaba mucho lo que se enseñaba en el pueblo y cómo vivían las personas. Cada uno que pertenecía al pueblo de Dios, debía orientarse por la voluntad de Dios.

Pero por el otro lado el cuidado y la fidelidad hacia la ley los había llevado a una tremenda mezquindad y pedantería. Por el gran temor de transgredir la ley, por el miedo de ofender la santidad de Dios, ellos interpretaron la ley mosaica hasta los más pequeños detalles de la vida práctica y le agregaron incontables instrucciones. Así los judíos habían desarrollado una amplia y verbal tradición de interpretación. A esta denominaban “tradiciones (instrucciones) de los ancianos” que constituían el sagrado fundamento del judaísmo.

Pero Jesús rehuía esta enorme red de ingeniosas determinaciones (Lc. 11:37-40). Pues Él había venido para enseñar y cumplir la voluntad de Dios. (Lea Mt. 5:17,18; Jn. 4:34; 6:38; comp. He. 10:7-9.)

Para nuestra vida de fe es muy importante no apoyarnos en formas y tradiciones, sino seguir a Jesús y dejarnos guiar por la pura Palabra de Dios y por el Espíritu Santo (comp. 2.P. 1:16-21).

¡Qué alivio y santo compromiso nos es dado en Ro. 8:14,15!

Día 2

Mr. 7:5-13; Mt. 23:23

La respuesta de Jesús a la “comitiva que lo interrogaba” descubre una equivocación de mucho peso: las manos no lavadas no son el problema, sino los corazones fríos. Vosotros pensáis honrar a Dios, pero esto es solo una confesión de labios. Vuestro corazón está muy lejos de Dios. Dejáis que vuestra piedad se caliente a toda velocidad, pero todo se mueve en “punto muerto”. “En vano me honran” (Mr. 7:7). Aparentemente los fariseos y los escribas querían honrar y servir a Dios en verdad (comp. Fil. 3:4-6). Sin embargo era en vano

También hoy en día podemos encontrar este triste balance, cuando los hombres se ejercitan en las obras de su propia justicia, o al disfrazar sus deseos e ideologías con un manto religioso.

Jesús resume y declara el razonamiento de los fariseos y escribas: “Bien invalidáis el mandamiento de Dios para guardar vuestra tradición” (Mr. 7:9).

Debemos comprobar si eventualmente sacrificamos los preceptos bíblicos – por ejemplo respecto al matrimonio y familia, en cuestiones de la sexualidad y de la dignidad de la vida humana – al ideal humanístico de la autorrealización (comp. Dt. 12:8; Jue. 21:25).

Con un ejemplo de la enseñanza práctica de aquel tiempo, Jesús demuestra como los escribas invalidaron uno de los diez mandamientos con la interpretación de sus tradiciones. Un hijo podía rehuir a su obligación por el cuidado de sus padres ancianos y necesitados con el juramento del Corban. “Corban” se llamaba la ofrenda que se daba a Dios (comp. Lv. 1:2). Si el hijo juraba que sus bienes pertenecían como ofrenda para Dios, sus padres perdían todo el derecho de cuidado. El juramento era obligatorio (Nm. 30:3).

Así un hijo, con palabras piadosas, podía rehuir hacer la voluntad de Dios, y no sería acusado por haber quebrantado la ley. Pero el que interpreta la Escritura en contra de la misericordia de Dios, anula realmente la Palabra de Dios. (Lea Os. 6:6; Zac. 7:9; Lc. 6:36; 1.P. 3:8.)

Día 3

Mr. 7:6

Jesús podía hablar “sin rodeos”. Claramente habló de aquello que delante de Dios estaba mal. Pero lo hizo para alcanzar y ganar el corazón de las personas, para que se entreguen a Dios.

¿Acaso no sería irresponsable, si el cardiólogo recetara a su paciente solo un medicamento para la circulación, sabiendo efectivamente que el enfermo necesitaría un baipás?

Jesús denomina a los concedores de las Escrituras de su tiempo “hipócritas”, Él señala entonces su “obstrucción vascular” espiritual. Esto es una situación que se desarrolla poco a poco. ¿Podemos también nosotros llegar a ser hipócritas? Esto pasaría, cuando :

- cuidamos más de nuestra apariencia, fama y posición, que de nuestro carácter. (Comp. 1.S. 16:7; Jn. 12:43; Col. 3:23-25; 1.P. 1:17.)
- cumplimos cuidadosamente prácticas religiosas, mientras que nuestro corazón esté distante de Dios. Las personas serias, en particular, a menudo se esfuerzan por engañarse a sí mismas y a los demás, acerca de los deseos feos y egoístas que viven en ellas, a través de palabras y acciones piadosas y formas correctas. (Comp. 1.S. 15:16-30; Mt. 23:25,27,28; Lc. 6:45.)
- acentuamos nuestras propias cualidades, pero en los demás hacemos ver sus pecados y debilidades. (Comp. Lc. 16:14,15; Mt. 7:3-5.)

Al Señor Jesús le importa mucho que entendamos: Dios quiere tratar siempre y en primer lugar nuestro corazón y con esto se refiere al centro de nuestra persona, el centro de nuestros pensamientos, nuestra voluntad y nuestros hechos. “Dame, hijo mío, tu corazón” (Pr. 23:26a). El Señor quiere que nuestro hablar y hacer sean una unidad, y que los dos, lo interno y lo externo honren a Dios.

“Dios quiere convertir los corazones desanimados en confiados, los inseguros en firmes, los oscuros en puros. ¡Permitamos que esta acción integral de Dios obre en nosotros! Esto sirve para nuestra salvación y el bienestar de las otras personas con las que tratamos” (B. Winterhoff).

Día 4

Mr. 7:14-23

Las leyes de purificación y alimentación del Antiguo Testamento, a las que Jesús se refiere, podían aguzar el discernimiento entre el Dios santo y el hombre no santo o profano, pero no podían cambiar el interior, el corazón del hombre. El hombre en su manera de ser es “malo desde su juventud” (Gn. 8:21). David lo expresa en su oración de arrepentimiento de manera más radical: “He aquí, en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre” (Sal. 51:5). Este reconocimiento personal afirma, lo que está vigente acerca de todos los hombres: “Todos se desviaron, a una se han corrompido; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera *uno*” (Sal. 14:3). Este es el diagnóstico duro, que Jesús hace en nuestro texto (Mr. 7:21-23).

Nosotros necesitamos un corazón nuevo, limpio. Y podemos pedirlo delante de Dios: “Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí. No me echés de delante de ti, y no quites de mí tu santo Espíritu. Vuélveme el gozo de tu salvación, y espíritu noble me sustente” (Sal. 51:10-12; comp. Ez. 36:26,27; Mt. 5:8).

El “corazón viejo” con sus pretensiones y reclamos muchas veces aún nos molesta, pues cada hecho malo comienza con un pensamiento (Is. 59:7; 65:2; Jer. 18:12). Si nosotros permitimos que nuestros pensamientos se ocupen con envidia, odio, pornografía, codicia o venganza, esto nos llevará al pecado. ¡No nos ensuciemos al concentrarnos en lo malo! ¡Sigamos más bien las instrucciones de Is. 55:7 y Fil. 4:8!

Nuestra vida cambiará, cuando meditemos en lo puro, lo amable, lo honesto y lo justo. Si Dios nos renueva desde adentro, entonces también las “obras de afuera” llevarán el buen carácter divino (lea Ef. 2:8-10).

Día 5

Mr. 7:24-27

Después de la profunda y dura conversación con la comisión de los estudiosos judíos (Mr. 7:1), con el pueblo judío (v.14) y con sus discípulos (v.17), Jesús “se fue a la región de Tiro” (v.24a). La ciudad era el prototipo del paganismo y de mala fama desde el tiempo del Antiguo Testamento (comp. Is. 23:14-17; Ez. 28:1-8).

Según las enseñanzas farisaicas no había salvación para los paganos, aparte de algunas excepciones. Los paganos eran considerados el “material de relleno del infierno” (Strack-Billerbeck).

Hay varias razones por las que Jesús entra en terreno pagano:

- El Señor se escapaba de la presión de las autoridades de Jerusalén, porque no quería provocar una ejecución prematura. Y como Jesús vivía continuamente conectado con el Padre, Él sabía que “su hora no había venido aún” (comp. Jn. 2:4).
- La recepción del Señor en una casa recuerda la hospitalidad que el profeta Elías había experimentado en esta zona (1.R. 17:8,9). Se ve claramente que Jesús está en la línea con los profetas del Antiguo Testamento (Lc. 4:24-26; 24:27).
- Su propósito de *querer* quedarse escondido, demuestra, que no pensaba huir de las dificultades en Israel, para quizás juntar éxito en el extranjero. Jesús sigue siendo fiel a su misión aún siendo rechazado. Esto aprueban sus palabras defensivas en el versículo 27. Su misión vale *primero* para “los hijos” de la casa de Israel. A ellos Él se ofrece a sí mismo como el “pan vivo”, hasta incluso de su muerte (comp. Jn. 6:35,48-51).

¿Qué podemos aprender de esta fidelidad del Señor? Para profundizar: Jn. 4:34; Lc. 22:42; 1.Ti. 6:12.

Sin embargo, el Señor no podía quedarse encubierto en el país de los paganos. De su autoridad como Salvador del mundo debían poder disfrutar también aquellos que estaban en extrema oscuridad. La misión que Dios quiere es un servicio de amor al prójimo, que vale para *todos* los hombres.

Día 6

Mr. 7:24-30

Jesús, que quería estar por un tiempo oculto, experimenta una sorpresa. El evangelista Marcos la describe con su palabra preferida “pero” y “luego”. Con esto queda claro: “Dios mismo crea este momento de sorpresa” (A. Pohl). Jesús, que se mantuvo fiel a su misión, no tomó por su propia cuenta la iniciativa de acercarse a los paganos (Mt. 10:5,6), pero en su corazón está abierto al hablar y la guía del Espíritu Santo. “Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, no le echo fuera” (Jn. 6:37). Una y otra vez Jesús en su jornada por el país de Israel, se encontró con paganos que le pedían ayuda (comp. Mt. 4:24; Mr. 3:8; 5:1,2).

La mujer que está ahora delante de Él, es griega, oriunda de sirofenicia. Ella lleva – pidiendo humildemente y confiando con seguridad en la ayuda de Jesús – toda su miseria a Jesús. La respuesta del Señor es dura. Jesús dice no. Y ahora, ¿qué?

Sigue algo asombroso: la mujer no sale “echando pestes” contra Jesús, sino sigue postrada delante de Él y responde: “¡Sí, Señor!” Ella acepta el no de Jesús y se queda junto a Él. La fe auténtica no ve una razón sólida de abandonar a Aquel que no abandona a los que confían en Él y en Su Palabra.

Esto hace la mujer sirofenicia. Ella toma en serio lo que Jesús dijo y le pide: aunque no soy “hija” de la casa de Israel, entonces déjame compartir las bendiciones de la casa como “perro de casa”. La mujer no solo había reconocido en la respuesta del Señor un tono de suavidad (“perrillos”), sino creyó en Él como el Señor sobre el infierno, la muerte y el diablo (comp. Mt. 15:28). Ella confió en Jesús incondicionalmente.

Leamos para nuestro aliento: Sal. 25:1-9; 55:22; He. 10:35.

Día 7

Mr. 31-33

Después de una larga y grande caminata, Jesús residió en la orilla oriental del Mar de Galilea, esa zona pagana de Decápolis, en la que vivía una minoría judía. El clima espiritual aparentemente se había hecho más amistoso (comp. Mr. 5:17). “Y le trajeron un sordo y tartamudo”; uno que hablaba con dificultad, así dice la traducción literal.

Un expositor escribe acerca de la situación del discapacitado: “las orejas y la boca están bloqueadas. Las puertas hacia el prójimo y también al más cercano, hacia su Creador, están totalmente cerradas. Los esfuerzos por hablar y orar, que pretenden unir, sólo hacen que la pared insonorizada sea consciente. Lo peor detrás de esta pared, es: no que uno no oye nada, sino que se oye sólo a sí mismo. Así uno se siente como un desastre. Los humanos hablamos hasta hartarnos, porque no oímos nada y no se nos oye. Una persona así es empujada ante Jesús”.

El “escenario del suceso” es impresionante. Se espera de Jesús una demostración cómo la hacían los curanderos comúnmente. Sin embargo, el Señor toma a este hombre aparte, de manera pastoral, se podría decir que lo saca del “escenario”.

¿Acaso no sabemos, que Dios primero nos toma aparte en nuestras enfermedades o aflicciones, sacándonos de bullicio y agitaciones? Lo que pesa sobre nosotros – una enfermedad, problemas sin solución, falta de empleo, preocupaciones por parientes, pecados, soledad, tristeza por la pérdida de una persona amada – contiene una promesa: Jesús está ahí. Él le toma aparte. Él le mira amablemente. Él quiere tocar su corazón, queriendo soltar su contractura – muy suave, muy tierno, pero real.

“Alma mía, en Dios solamente reposa, porque de él es mi esperanza. Él solamente es mi roca y mi salvación. Es mi refugio, no resbalaré” (Sal. 62:5,6; lea Sal. 37:5-7a; Éx. 14:14; Is. 30:15).

Día 8

Mr. 7:33-35

Puede ser que nosotros estemos encerrados en nuestra aflicción, en nosotros mismos, como este hombre sordo y tartamudo. Jesús permite un contacto muy personal, al tocar sensiblemente los puntos delicados, para que este hombre entienda: aquí hay alguien que me tiene en cuenta y llega a mí personalmente. Él me puede ayudar. El hombre aún no puede decir lo que aquella mujer declaró: “Tú eres un Dios que me ve” (Gn. 16:13).

Pero Jesús quiere que el hombre no salga solamente de su “encierro” en el nivel humano. El Señor quiere tratarlo respecto a su relación con Dios. La mirada hacia el cielo señala que Jesús actúa en la comunión con Dios y de que quiere llevar a los hombres también a la cercanía que Él tiene con Dios. Pero el gesto solo no ayuda. Es el comprensivo suspiro “Efata”, la palabra de autoridad del Hijo de Dios, que puede penetrar y abrir cualquier situación de encierro. La palabra del Señor tiene gran poder. (Comp. Nm. 23:19; Sal. 33:6-9; 107:20; Mt. 8:8.) El sordo puede oír; el tartamudo puede hablar bien. El hombre está liberado de su atadura.

Hoy quiero preguntarme: ¿Acaso existe una atadura en mi vida, la que Jesús quiere soltar? ¿Quizás la atadura del temor? O ¿quizás la atadura de una dependencia secreta? O ¿quizás la atadura de las dudas y de la desconfianza? No tengamos vergüenza de buscar y aceptar el consejo pastoral del Señor y cuando sea necesario también la ayuda profesional.

La experiencia de los oradores del Antiguo Testamento aún está vigente: “Luego que clamaron a Jehová en su angustia, ... los sacó de las tinieblas y de la sombra de muerte, y rompió sus prisiones. Alaben la misericordia de Jehová, y sus maravillas para con los hijos de los hombres. Porque quebrantó las puertas de bronce, y desmenuzó los cerrojos de hierro” (Sal. 107:13-16).

Día 9

Mr. 7:36,37; Is. 35:5,6

¿Al final todo está bien? El que anteriormente estaba atado a la sordera y la tartamudez, ahora está libre. ¿Habrá sido liberado también en el sentido espiritual? ¿Sería alguien que quiere quedarse con Jesús y vivir con Él? Esta pregunta permanece abierta. Pero debe ser aclarada y contestada. Porque los beneficios de Dios quieren ayudar a las personas a ordenar y profundizar su relación con Dios (comp. Jn. 5:5-9,14; 8:1-11).

¿Qué valor tendría la más maravillosa curación – grandemente propagada y muy difundida – si no fuera que por ella pecadores vuelvan a los brazos extendidos de Dios y encuentren junto a Él el amparo eterno? Así que el mandato de guardar silencio que expresó Jesús, tenía razones pastorales, aparte del hecho que la obra redentora del Calvario aún no se había consumado. Después de su resurrección, Jesús mandó y autorizó la difusión global del evangelio.

Pero nosotros podemos hacer hoy un balance personal y alabarle y adorarle agradecidos: “Él lo ha hecho todo bien”. ¿Me tomaré tiempo para reflexionar retrospectivamente acerca de mi vida? Quizás con la pregunta: ¿Cuándo y cómo experimenté que Jesús hizo *bien* y lo *correcto* en aquel asunto que me afligía? En esto no debemos olvidar de pedir perdón a Jesús y entre nosotros, si hemos actuado mal.

Finalmente: no miremos solamente hacia atrás, sino también hacia adelante – allá donde está nuestra meta. Podemos regocijarnos de todo corazón, que cada día nos acerca más a la mayor de todas las metas, cuando podamos confesar con adoración: “Él ha hecho *todo bien*”.

“Un día le dice al otro, que mi vida es una viaje hacia la gran eternidad. ¡Oh eternidad, tan bella, que mi corazón se acostumbre a ti; pues mi casa no está en este tiempo!” (G. Tersteegen).